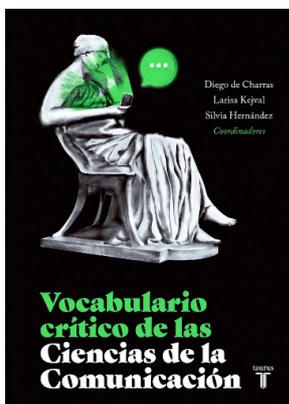


Matías Maggio-Ramírez

CENDIE (DGCyE) – UNTREF



Sobre Charras, D. de; Kejval, L. y Hernández, S. (coord.) (2024). *Vocabulario crítico de las Ciencias de la Comunicación*, Taurus

Un vocabulario para usar, para encontrar nuestro camino en él, para cambiarlo en la medida en que lo consideremos necesario, mientras seguimos haciendo nuestro lenguaje y nuestra historia
Raymond Williams (cit., p. 12)

Docentes y algunos alumnos avanzados de la carrera de Comunicación en la Universidad de Buenos Aires publicaron en la primavera de 1994 la revista *Causas y Azares* que tenía como subtítulo “Los lenguajes de la comunicación y la cultura en (la) crisis”. El primer número abría con una selección de artículos sobre los estudios culturales ingleses, con las firmas de Raymond Williams y Stuart Hall, y en el invierno de 1998 se publicó el último número de la revista bajo el paraguas de la sociología cultural de Pierre Bourdieu. 30 años después, el espectro de temas tratados en los siete números de *Causas y Azares*, resuenan en el *Vocabulario crítico de las Ciencias de la Comunicación* con nuevas lecturas sobre viejos problemas. Estas tradiciones intelectuales, que se fortalecieron en la institución en los años noventa, fueron recuperadas por los estudios latinoamericanos, de género y otras disciplinas para retomar las palabras de Williams del acápite: los sentidos cambian cuando hacemos historia. En el 2002 la editorial Paidós publicó el volumen *Términos críticos de sociología de la cultura*, coordinado por Carlos Altamirano, y las entradas ligadas al cruce entre comunicación y cultura estuvieron a cargo de las plumas fundadoras del campo disciplinar en América Latina, como por ejemplo Néstor García Canclini, Jesús Martín-Barbero, Beatriz Sarlo, Aníbal Ford y Eliseo

Verón que historizaron los debates a modo de un estado de la cuestión. En el *Vocabulario crítico de las Ciencias de la Comunicación*, los temas se expanden a un universo insospechado años atrás y, por lo tanto, se transforma en una herramienta necesaria para indagar el horizonte. Diego de Charras, Larisa Kejval y Silvia Hernández coordinaron a 139 autoras y autores, de distintas universidades del país, que elaboraron 114 entradas para “reinstalar la pregunta polémica en torno del objeto de la comunicación, sus fundaciones, sus límites, su irradiación sobre las ciencias sociales y humanas” (p. 14).

Quienes coordinan el libro le advierten al público lector los criterios presentes en las definiciones. El desglose de los términos “están atravesados por un eje temporal, con un triple objetivo: genealógico, diagnóstico y proyectivo” (p. 14), como estrategia para dotar su historicidad, ponerlo en juego en el presente y otear el horizonte en búsqueda de áreas de vacancia y problemas emergentes. El segundo eje es geográfico (en una escala nacional y regional) y el tercero es la cuestión de género, tanto en la búsqueda de una paridad tanto en las autorías como en las referencias a cada concepto. Por otro lado, también avisan al público lector que no se encuentran entradas como “Comunicación”, “Cultura”, “Medios masivos de comunicación” porque buscaban evitar reduccionismos disciplinares frente a los múltiples cruces que se abarcan y porque apuntaron a procesos como mediatizaciones o a dispositivos específicos para darle una mayor densidad a cada entrada. El libro, según quienes coordinaron el volumen, puede utilizarse como una herramienta de consulta tanto para quienes se inician en los estudios sobre comunicación como “para quienes buscan sistematizaciones bibliográficas o explicitaciones de hitos y debates clásicos y contemporáneos” (p. 20), pero también apela a un público más allá del ámbito institucional del campo comunicacional, por lo que creemos que es de interés para la comunidad lectora de este *Anuario*. Por ejemplo, la primera entrada es “Acceso a la información pública” de Wanda Fraiman se relaciona con el punto 16 de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), que forma parte de la política bibliotecaria de la IFLA. Fraiman sostiene la importancia del derecho de acceso a los datos en poder del Estado con “políticas de comunicación que hagan accesible la información estatal a los diversos grupos poblacionales y que les permita participar en los procesos colectivos de toma de decisiones” (p. 29).

El *Vocabulario crítico de las Ciencias de la Comunicación* tiene varios

puntos de intersección con el campo disciplinar de las Ciencias de la Información, la Bibliotecología, la Documentación y la Museografía. Valga como ejemplo, y solo a título de un recorte muy personal, las entradas que pueden interesar al profesional de la información y de la educación: “Acceso y participación”, “Alfabetización multimedial”, “Ciudadanía comunicacional”, “Comunicación alternativa”, “Comunicación comunitaria”, “Comunicación feminista”, “Comunicación/Educación”, “Concentración”, “Democratización de las comunicaciones”, “Ecosistema mediático / Ecosistema educativo-mediático-digital”, “Espacio público / Espacio público de la educación”, “Hegemonía cultural”, “Imperialismo cultural”, “Inclusión digital”, “Industria cultural”, “Interfaz”, “Lenguajes / Lenguaje inclusivo”, “Libertad de expresión”, “Medios públicos / Medios públicos educativos”, “Meme”, “Memoria”, “Narrativas gráficas y animadas”, “Narrativa transmedia”, “Periodismo / Periodismo digital”, “Políticas culturales”, “Redes sociales digitales”, “Semiocapitalismo”, “Sociedad de la información”, y “Tecnologías educativas”, entre tantas otras.

Una tecnología escolar, y los debates que se generaron para evitar la mirada lineal y reduccionista que solo se refiera a la incorporación de tecnología innovadora, permitieron ampliar el enfoque para pensarla como “las situaciones de enseñanza y de aprendizaje contextuales, situadas y signadas por el contexto social, económico y cultural en el que se despliegan” (p. 412). Esta entrada del *Vocabulario*, escrita por Landau, Otero y Morello, permite extrapolar la tecnología escolar con las bibliotecas escolares al pensarlas como “situaciones de aprendizaje orientadas a dar respuesta a las realidades y necesidades educativas de la población utilizando los recursos (semióticos) disponibles en cada escenario sociocultural. Se trata de ámbitos que están marcados por la diferencia, la desigualdad y por el conflicto que dotan de especificidad a cada una de las prácticas educativas” (p. 412). La biblioteca, los archivos y los museos escolares son, en este marco, tecnologías de una tradición analógica que se reinterpretan en tiempos del semiocapitalismo. María Gabriela D’Olorico definió al “Semiocapitalismo” como el “sistema económico emergente con la revolución tecnológica digital de fines del siglo XX que genera software a gran escala, masifica el uso de internet, redes sociales digitales, telefonía celular o inteligencia artificial y, con ello, acelera de un modo inédito la multiplicación de la información” (p. 364). Ante la tecnología como lectura determinante de la actualidad,

Daniel Badenes nos recuerda el concepto “Mediaciones”, heredero del desarrollo teórico de dos filósofos españoles formados en Francia como Manuel Martín Serrano y Jesús Martín-Barbero, que implica “dejar de pensar la comunicación como una cuestión de transmisión de información a través de medios tecnológicos para concebirla como el proceso social de construcción social del sentido, ubicado en la cultura” (p. 260). Al deambular entre cada vocablo se construye un mapa de los intereses en común entre las Ciencias de la Comunicación y de la Información.

Las entradas, con sus respectivas bibliografías, abren puertas para ampliar los debates y profundizar en ellos. En tiempos de la inteligencia artificial volver al volumen, coordinado y producido por especialistas en la materia que firman cada entrada, parece un gesto anacrónico pero necesario. Todavía hace eco el lema de Causas y Azares para estudiar “Los lenguajes de la comunicación y la cultura en (la) crisis”.